



VI Concurso de Relatos Cortos

“Memorias y Cuentos del Moncayo”

Grisel, 2004.

**PREMIO AL MEJOR RELATO AMBIENTADO
EN EL PUEBLO DE GRISEL:
Relato premiado: *“Cuando irse no es el olvido”*
Autor / a: Laura Lozano Destre. Zaragoza.**

CUANDO EL IRSE NO ES EL OLVIDO

“Llovía. Tras aquel cristal apenas se dejaba ver la agrietada techumbre de la cuadra. Lo demás era agua. Revoltosas gotas de agua que deslizaban por mi ventana, unas separándose, y otras muchas uniéndose para dejarse llevar a no sé dónde. Agua. -Eso era lo que necesitaba- pensé mientras bajaba del alfeizar. Mi garganta no podía articular palabra. Fue entonces cuando un terrible zumbido apagó mis oídos y me mareé como si en vez de estar en la cama, me encontrara en altamar. La luz de la mañana penetraba en todos los rincones de la estancia así que corrí el espeso y pesado cortinaje de cuadros rojos, resto de un mantel cortado en casa, con grandes dificultades, y es que el ajeteo de las fiestas de

septiembre de Grisel, hacían mella en todo cuerpo por ágil que fuese: tenía agujetas.

Me abrí paso entre la enredada sábana y atravesé la habitación a tumbos, silencioso por no despertar a mi hermano pequeño, y aguantando el escalofrío que comenzaba a subir por mi espalda por la frialdad del embrutecido suelo de piedra. El final del pasillo me mostraba entrada libre a la habitación de mis adorables padres, ese lugar donde años atrás mi madre me plantaba la raya a un lado en esta, ahora, erizada y rebelde masa castaña que algunos llaman pelo y donde me ajustaba los tirantes antes de ir a la escuela. Era la sala más grande de la casa. Dos armarios de roble tallados con motivos florales escoltaban la cama matrimonial cuyo cabecero de forja parecía retorcerse en su parte superior hasta terminar en múltiples capiteles dorados. A su lado, el lavabo y la cunita de mimbre donde yo solía descansar, más de día que de noche, cuando aun era un bebé.

Tenté al entrar en la pared el interruptor cerámico y giré la pequeña manivela hasta que una luz tenue me mostró el interior. Busqué en uno de esos armarios sin fondo unos pantalones azules, una camisa veraniega y me calcé unas alpargatas de esparto. Frente al espejo del lavabo, en calzoncillos, mi escuálido cuerpo de quince años intentaba encontrar algún signo de hombría, de fortaleza, de musculatura fraguada en mis viajes en bicicleta para trabajar en Tarazona. La jarra contenía agua de la mañana. Mi madre marchaba al amanecer con un cántaro de arcilla hacia la fuente del parque, igual que otras mozas, y allí se suministraban y hablaban de sus cosas.

Tomé la jarra con fuerza. No creía que la cofaina de porcelana era tan pesada. Vertí agua en la palangana, la suficiente como para lavarme la cara y emprendí a ello.

Salí, ya más despejado y vestido, al balcón. El diluvio había cesado y ante mí se despertaba un nuevo día. La higuera del señor Vicente empujaba el muro de adobe que separaba su hogar del mío y sus hermosos frutos púrpuras parecían de mil colores por el reflejo del sol en las diminutas lágrimas de lluvia que los rodeaban. Entre las inmensas y sin embargo acogedoras casas que se amontonaban alrededor de la iglesia, se desvanecía ya el arco-iris y un intenso olor a pan recién hecho se extendía, embriagador, por cada recoveco del pueblo.

Entré de nuevo en casa y me dirigí a la cocina, no sin antes tropezar con un pequeño barral que se hallaba casi escondido bajo el umbral de la chirriante puerta de madera. Una vez allí, mi abuela me preparó una infusión con tomillo y otras hierbas que recogía camino al molino cuando iba a lavar la ropa con su balde, su losa y su jabón de tajo a la acequia. Era una mujer muy sabia. Siempre con su altivo y recio moño blanco y con su antigua vestimenta negra, no conocía ciencia alguna, ni siquiera sabía leer o escribir pero manejaba las curas con plantas naturales como nadie.

Numerosos retajos atados con soga fina colgaban bocabajo de un resquebrajado madero del techo en un rincón oscuro y casi oculto por una alacena

cuyo interior no dejaban ver unos visillos. Las hierbas hervían en un puchero esmaltado marrón en el fuego, mientras aquella anciana mujer remendaba unos calcetines de mi hermano. Entretanto mi madre apartaba lumbre del fuego y la introducía en la plancha con unas largas pinzas que mi padre trajo hace mucho tiempo de la fragua, la de al lado del Pontarrón. Tenía que planchar el traje de danzante. Después de años y años perdida esta tradición en Grisel, los jóvenes habíamos emprendido la ardua tarea de recuperar los paloteaos de nuestros padres. Mi creadora dedicó largas tardes de verano a coser ese atuendo con el que yo me veía más y más estúpido cada día. Comenzó planchando los calzones de sábana blanca y las tiras de lazo verdes y rojas que de él colgaban. Mientras seguía inmerso en otro mundo y tomaba ese caldo de cultivo noté como mis sentidos, mis reflejos, mi cabeza evolucionaban favorablemente. Mi abuela, una vez más, ponía remedio a las consecuencias de la resaca.

Abandoné la estancia y bajé la escaleras de cemento rápidamente. Tenía que hacer algo inmediatamente: orinar. La infusión y la cazuela de leche y remojones que tomé en la cocina, sentado en el banco de madera junto a mi abuela habían agudizado esta necesidad que por unos momentos había olvidado. Crucé el vestíbulo, la cuadra, donde todos los animales parecían estar tranquilos, y salí al corral preparado para todo.

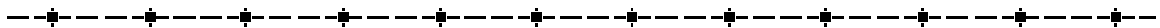
Era difícil encontrar un lugar para orinar en el que no se metiesen por medio las gallinas. Una lucha diaria. Lo hice junto a los pozales en los que mi padre guardaba la cebada para las aves. Las malas hierbas habían nacido ese verano

hasta en el menor de los espacios y el nogal, que comenzaba a enfermar, se levantaba en medio del cuadrilátero como un árbol buscando la luz en la selva virgen. Salí de allí y cogí las dos míseras monedas que mi padre me dejaba, como cada día, en un cenicero de barro que yo hice en una excursión a Torrellas y que siempre permanecía inmóvil en una cómoda en la entrada de la casa. Con ese dinero tenía que comprar el pan para la familia y, en ocasiones, pagaba algún recado que me era encargado.

Cerré la hoja inferior de la puerta y por primera vez hundí mis alpargatas en el fango y restos de hojas que la tormenta había remolinado en mi portal. Es lo que tiene el vivir en la calle San Antón. Lentamente iba evaporándose esa humedad, partícipe del manto verde que el musgo había originado en las fachadas de algunas casas. Todas ellas abruptas, cálidas y con infinitos nidos de golondrina bajo sus tejadillos. De aquí y de allá, de todas partes ruidos de caballerías, de gallos, de rebaños cuyas trayectorias tenían como centro el pueblo presentaban su aspecto más campesino.

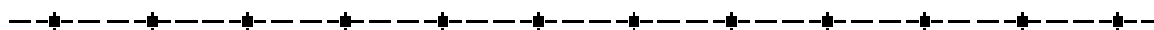
Me remangué el pantalón como lo hago durante la siega y caminé calle adelante, hacia la plaza, salteando los excrementos de las reses al mismo tiempo que el campanario daba los primeros avisos de que la celebración litúrgica en honor a la Señora de La Merced comenzaría pronto. El gruñir de los picaportes al girar, y el arrastre de las gruesas puertas de madera daba paso al ir y venir de mujeres que, de manga larga y con velo, se dirigían todas ellas, casi formando fila, a misa.

Torcí la esquina. El olor a pan no había desaparecido y muy cerca de donde me encontraba el horno. y también tienda de ultramarinos, daba la bienvenida a los clientes con un cordero sacrificado colgado de un gancho por una pata. Antes de entrar, me detuve. Se escuchaba a lo lejos el ruido de las piedras y guijarros que dificultaban la carrera de las ruedas destartadas del carro que tiraba el burro de Don Tomás. Me gustaba contemplar cada jornada esa escena. La carreta subía mercancía de Tarazona, protegida superficialmente con una lona, y que Don Tomás vendía en su pequeño comercio en el pueblo. Compré tres barras de pan y me obsequiaron con una magdalena”.



“Creí retorcerme de dolor cuando mi madre me clavó las uñas en los riñones. Nunca pensé que atarme la enagua y la falda fuese tan complejo. Sin embargo, me despisté observando los garbanzos de colores que colgaban de los recios calcetines. El rojo, verde y blanco fueron los tonos escogidos por mi cuadrilla y yo. En el bajo de la falda tres tiras de dos centímetros de espesor alternaban estos tres colores dejando en el medio al rojo. Mi madre me colocó la banda verde y me pretó con más fuerza que nunca el fajín.

La frescura de la mañana había desembocado en una calurosa tarde de primeros de otoño. La marcha hasta la plaza parecía no tener final. Allí, bajo la sombra única de la iglesia, Grisel entero se mostraba regocijado ante un espectáculo que tanto tiempo llevaba deseando se retomase. Con los dos palos en las manos sudorosas y con mis compañeros ya listos, comenzaron los pasos del paloteo, al mismo tiempo que la figura de mi padre aparecía saliendo del bar”.



“Dos horas más tarde me reuní con los chavales para ayudar a colocar remolques y vallas hechas con maderos para delimitar un improvisado ruedo en la plaza. Las vaquillas atraían a numerosos forasteros de localidades vecinas. Preferí ver todo desde la barrera, sobretodo tras el revolcón que un año antes me había propinado un becerro. Al mismo tiempo tenían lugar juegos y carreras en el camino que llevaba hacia el monte de la Diezma. Decidí acercarme al lugar. Tras saltar el roscadero que me impedía el paso y bajar la Portilla, ya pude ver a mi primo montado en un burro, de espaldas a su cabeza y sin ataduras ni albardón. Participaba en una carrera, mientras que otros pocos corrían con candiles entre las piernas. Ganaba el que antes llegase a la meta, ya que cuando el candil se apagaba, el muchacho debía pararse y volver a encenderlo para poder continuar.

La noche fue cayendo. El sol iluminaba con sus últimos rayos y sumergía al pueblo en la oscuridad. Poco a poco un espeso humo negro salía a través de

todas las chimeneas del pueblo y el castillo, sito junto a la iglesia, parecía ahogarse bajo la danza de estas nubes grisáceas. Se preparaba la cena”.

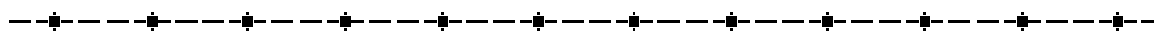


“La patata cocida había sido siempre un alimento esencial en época de guerra. De eso sabían mucho mis padres. En aquel momento las cosechas de mi familia habían pasado una temporada de gran sequía, y el beneficio obtenido era pésimo. La patata que nos daban nuestras tierras se convirtió esos días en nuestra comida y nuestra cena.

Tras ésta me dispuse a calentar agua en el fuego de la cocina, y me bañé allí mismo, en un barreño de madera que mi padre usaba para guardar el trigo. Era importante asearme y ponerme guapo. Esa noche iba a encontrarme con la chica que me gustaba, y no podía dejar pasar la oportunidad de causarle buena impresión. Rápidamente me sequé, me vestí con muda limpia y un traje de algodón que mi madre me había comprado en Tarazona al salir de trabajar de la fosforera, y me peiné el mejor de mis flequillos.

Abandoné precipitadamente mi casa, la calle San Antón, el horno al que acudía cada día y continué mi camino bajo ese cielo estrellado que vela por las noches en el Moncayo. Llegaba tarde. El baile había empezado hace media hora.

La orquesta de Ablitas contratada para la ocasión tocaba el “Cachito Mío”. Este ritmo, junto con el irritable hablar de los grillos de la carretera, fue lo que me impulsó a correr, dejando atrás el pueblo y entrando sin frenos en “el Trujal”, antigua fábrica de aceites y donde ahora estaba la fiesta”.



“Allí estaba ella. Entre todas las mozas. Era de Tarazona, hacía mucho tiempo que no nos veíamos, y parecía hermosa con su falda de vuelo blanca y su camisita de seda azul. Me vio y quedó sorprendida. Se acercó, cruzamos un par de palabras y bailamos con la multitud todo el repertorio de los músicos.

Jamás pensé que Irene aceptaría un baile lento conmigo, agarrados, pero mientras yo esperaba como respuesta un bofetón, ella sonrió con esa carita que me volvía tonto.

No sé que me pasó. El caso es que mientras mis pies peleaban por no pisar lo suyos, sentí un deseo incontrolable por besarla. Ya me habían hablado de eso mis primos mayores y ante el miedo al rechazo, me fui del lugar disculpándome y crucé la carretera adentrándome entre maleza y zarzas en el campo. Aunque oscuro, conocía bien el camino. Quería ir a la “fuente del Piojo”, manantial en el que tantas veces me había escondido evitando así pagar con zurras mis gamberradas y donde los vecinos de Grisel abrevaban sus caballerías.

Metí la cabeza bajo el chorro de agua fría...”

“Ya no están todos los que eran. Muchas cosas han cambiado” terminó comentando mi abuelo mientras tomaba una magdalena más. Ese verano iba a pasar las vacaciones con él y con mi abuela Irene en Tarazona. Dice que sonó el despertador, que se incorporó exhausto. Eso era todo lo que había soñado esa noche. Uno de sus últimos recuerdos sobre lo que vivió en Grisel. Añade que poco después marchó al servicio militar como voluntario, que nunca volvió a su hogar, que la gente se expandió como la diáspora, que abandonaron sus hogares. Dice que el paso del tiempo afecta al pueblo, que van quedando menos, que implora para que la gente no se olvide... Yo no lo puedo entender, sólo soy una niña de siete años pero no quiero ver triste a mi abuelo. Le observo desayunar junto a mí, y sus ojos tienen un brillo especial. Dice que no hay que enterrar el pasado y dice también, que todavía busca la calidez de la leche en polvo de su escuela, en cada taza de café.